

PIERRE LENORMAND

Universidad de Paris-VII

## *Transformaciones territoriales y cambios sociales en los campos magrebíes*

### RESUMEN

Desgarrados entre lógica especulativa y lógica rentista, los campos magrebíes sólo cumplen hoy parcialmente su función alimenticia. Unas políticas agrarias cada vez más convergentes han aumentado la dependencia de los tres países respecto del mercado «mundial» e imprimido a los campos dos rasgos esenciales: en el plano territorial, desequilibrios antiguos —a menudo heredados de la colonización— y nuevos —ligados a los modelos de ajuste estructural— contribuyen a la profundización de las desigualdades del desarrollo. La «asalarización» rápida y la diversificación de las actividades se acompaña en el ámbito social del desarrollo de las desigualdades: el enriquecimiento de las minorías acomodadas, la pauperización de capas cada vez más numerosas y el crecimiento del paro generan, bajo formas propias, frustraciones masivas de consecuencias imprevisibles.

### RÉSUMÉ

*Transformations territoriales et mutations sociales dans les campagnes maghrébines.*— Ecartelées entre logique spéculative et logique rentière, les campagnes maghrébines n'assurent plus aujourd'hui que très partiellement leur fonction nourricière. Des politiques agraires de plus en plus convergentes ont accru la dépendance des trois pays vis à vis du marché «mondial» et imprimé aux campagnes deux caractéristiques essentielles: sur le plan territorial, déséquilibres anciens —hérités souvent de la colonisation— et nouveaux —liés aux modèles d'ajustement structurel— contribuent à l'approfondissement des inégalités de développement. La salarisation rapide et la diversification des activités s'accompagne sur le plan social du développement des inégalités:

l'enrichissement des minorités aisées, la paupérisation de couches de plus en plus nombreuses et la montée du chômage y génèrent, sous des formes propres, des frustrations massives aux conséquences imprévisibles.

### ABSTRACT

*Territorial transformations and social changes on Maghrebian fields.*— Rended between both speculative and rental logics, Maghrebian fields just partially fulfil now their feeding function. Agrarian policies more and more convergent have made the three countries more dependent on «world» market and led two main characteristics in their fields: on the territorial scope, old disparities —often inherited from colonization— and new ones —linked to structural adjustment patterns— contribute to aggravate the inequalities of development. On the social level, rapid salarization and diversification of activities go together with a development of inequalities: enrichment of wealthy minorities, pauperization of more and more numerous beds and unemployment growth generate, under their own forms, massive frustration of unforeseeable consequences.

### *Palabras clave / Mots clé / Key words*

Magreb, agricultura, políticas agrarias, desigualdades de desarrollo, desarrollo de las desigualdades.

Maghreb, agriculture, politiques agraires, inégalités de développement, développement des inégalités.

Maghreb, agriculture, agrarian policies, inequalities of development, development of inequalities.

**L**A PARTE que representa la población rural dentro del Gran Magreb crece de este a oeste, siguiendo un gradiente que puede leerse cómodamente en la fecha

en la que se supera el umbral del 50% de población urbana: desde los años 60 en Libia, en el transcurso de los 70 en Túnez y de los 80 en Argelia. En Marruecos la

cota del 50% está a punto de ser alcanzada y puede pensarse que lo mismo sucederá en Mauritania a comienzos del próximo decenio. El campo sigue siendo un elemento esencial de la geografía magrebí, tanto más cuanto que, si bien la población rural está disminuyendo en términos relativos, mantiene un crecimiento sostenido que supone densidades sin duda muy diversas pero cada vez más elevadas para un espacio útil poco ampliable en lo sucesivo. Las dificultades surgen desde el momento en que se buscan otras precisiones sobre los campos magrebíes; para empezar, a causa de las definiciones:

– En efecto, a partir de *definiciones nacionales diferentes*<sup>1</sup> que los censos (operaciones pesadas y costosas, desigualmente explotadas) permiten delimitar, generalmente por defecto, el número de «rurales» y la extensión del «espacio rural».

– Los estadísticos de cada país pueden, por otra parte, razonar sobre la base de *circunscripciones administrativas* elementales —como en Túnez, donde distinguen las poblaciones «municipales» (*communales*: urbanas) de las otras— o de *localidades* —como en Argelia, donde la unidad considerada es la aglomeración, independientemente de la superficie del territorio que abarca—: la comparación resulta afectada.

– Por último, dos métodos son posibles para captar la evolución de las poblaciones urbanas y rurales: análisis a *definición constante*, el más corriente, pero que tiende a sobrestimar artificialmente el proceso de éxodo rural, o análisis a *campo geográfico constante*, que tiende a subestimar el proceso global de urbanización.

Más allá de estas consideraciones metodológicas, conviene subrayar la importancia de la dimensión histórica y de las tres grandes secuencias —desiguales de un país a otro— que pueden distinguirse.

– La época colonial, precozmente iniciada en Argelia (1830) y más tardíamente en Túnez (1882) y Marruecos (1912), ha imprimido una huella duradera al espacio magrebí, señaladamente sobre la propiedad del

suelo: en vísperas de la independencia estaban en manos de colonos europeos 600.000 hectáreas en Túnez, 1.000.000 en Marruecos y 2.500.000 en Argelia; resultaba de ello un profundo dualismo que oponía espacios de colonización (las mejores tierras de las llanuras, litorales o irrigadas) y los campos (zonas montañosas o semiáridas del interior) abandonados a los campesinados autóctonos.

– El período de la independencia, «la era de Bandung» de Samir AMIN, que podría designarse también época de construcción nacional siguiendo un modelo de desarrollo que rompe con el pasado colonial: en Túnez, después de una primera década de política de espera liberal, el Neo-Destour dejaba desarrollarse durante los años 60 una experiencia socializante, dirigista y cooperativa —en concreto, en materia agrícola— para abandonarla desde 1970. Es Argelia, con la adopción en 1963 de la «Autogestión» agrícola, y después con la afirmación durante los años 70 de un «socialismo argelino», el país que llevó más lejos el voluntarismo nacional: industrialización, Revolución Agraria, Carta Nacional. Aunque comprometida muy pronto en una vía liberal, la propia *monarquía marroquí* ha consagrado el papel motor y la responsabilidad esencial del Estado. Como heredero del estado colonial y como sustituto de la debilidad numérica o de la mediocre presencia de las burguesías locales, el peso del Estado ha marcado y continúa marcando prolongadamente a los tres países.

– Una fase neoliberal contemporánea, caracterizada por la solicitación de la iniciativa privada, nacional o extranjera: desde los años 70 en Túnez y 80 en Argelia, retrasos y fracasos se cargan en la cuenta de su carácter estatal<sup>2</sup>. Para facilitar el despliegue del capital —especialmente el extranjero— se adoptan normativas de inversiones muy favorables, apoyadas por medidas de «desmonopolización» y «desestatalización»: los operadores privados sustituyen a los organismos públicos y los sistemas nacionales de protección arancelaria y de fijación de precios son desmantelados en nombre de la liberalización de los intercambios. En materia agraria, programas de reprivatización de las tierras y de apoyo a la explotación privada se adoptan en los tres países. La década se acaba con la puesta en marcha generalizada, bajo la égida del F.M.I. y del Banco Mundial, de

<sup>1</sup> Recordemos brevemente las principales definiciones de lo urbano: en Marruecos, hay un umbral cuantitativo, fijado en un nivel bastante bajo (1.000 habitantes), pero con la reserva de la existencia de un mínimo de equipamientos y de funciones centrales, concretamente administrativas. En Túnez, la jerarquía administrativa es igualmente esencial para distinguir, de una parte, las poblaciones urbanas (*communales*) de las cabeceras, cualquiera que sea su tamaño, y, de otra, las poblaciones rurales, «agrupadas» y «dispersas». En Argelia, la distinción se hace en función de una batería de criterios que combinan un umbral de población bastante alto (5.000 habitantes aglomerados) y un umbral mínimo de 1.000 empleos no agrícolas.

<sup>2</sup> Cf. BEDRANI et al., 1990. Es de destacar que, en lo que concierne a Marruecos, el sector capitalista de Estado se ofrece como ejemplo por sus buenos resultados: ¿hay que concluir de ello que lo que verdaderamente se cuestiona en la ofensiva neoliberal no es el carácter estatal, sino el carácter eventualmente no-capitalista de tal o cual institución, o de tal o cual política?

políticas de ajuste estructural que en nombre de las «leyes del mercado» devalúan las monedas nacionales, planifican la reducción del gasto público (salud, vivienda social, educación), suprimen las ayudas al consumo y programan la retirada del Estado de la esfera productiva.

En este contexto deben analizarse las dos grandes características actuales que pretendo poner de manifiesto aquí: en el plano territorial, profundización de las desigualdades del desarrollo —en parte heredadas del pasado colonial— y, en el plano social, tendencia al desarrollo de las desigualdades (LE COZ, 1990). El debate sigue abierto hoy entre quienes toman estas desigualdades como el tributo obligado del desarrollo y quienes, por el contrario, diagnostican en estas desigualdades crecientes la marca misma del no-desarrollo. Quisiera aportar algunos elementos a este debate partiendo de dos cuestiones principales: la de la *función agroalimentaria del espacio rural* y la de la *recomposición de las sociedades rurales y del crecimiento del problema del empleo*.

### I LA FUNCIÓN AGROALIMENTARIA: INSUFICIENCIAS INSCRITAS EN EL ESPACIO MAGREBÍ Y EN LA LÓGICA DE LOS INTERCAMBIOS INTERNACIONALES

#### 1. ¿QUÉ OBJETIVOS? NI ILUSIONES NI FATALIDADES

Sin duda, conviene empezar rechazando una ilusión todavía muy extendida: unos recursos en tierras útiles y agua limitados, una dependencia creciente de los intercambios internacionales, una población cuyo número se ha duplicado holgadamente desde las independencias contribuyen a hacer ilusorio el objetivo de autosuficiencia alimentaria que impregna muchos discursos basados en períodos históricos y/o en modos de consumo que ya no son los de este final de siglo: sobre todo a partir de

CUADRO I. Calorías disponibles

	MARRUECOS	ARGELIA	TÚNEZ	ESPAÑA
<b>Total</b>				
1961-63	2.184	1.723	2.073	2.740
1988-90	3.031	2.944	3.122	3.472
<b>De origen vegetal</b>				
1961-63	2.025	1.552	1.902	2.289
1987-89	2.845	2.622	2.840	2.354
<b>De origen animal</b>				
1961-63	159	171	172	450
1987-89	186	322	282	1.118

Fuente: FAO 1994.

los años 80, las agriculturas magrebíes tienen en común un pesado déficit en producciones alimentarias de base, cereales panificables y forrajeros, productos lecheros y oleaginosos, sin que, paralelamente, las otras necesidades (carne, frutas y verduras) estén correctamente satisfechas.

Sin embargo, sería preciso no olvidar el hecho de que, aún permaneciendo alejadas de las medias europeas, las raciones alimentarias cotidianas han aumentado considerablemente en el transcurso de una generación (un 39% en Marruecos, un 71% en Argelia), acercándose sensiblemente a las raciones globales españolas. También se han diversificado, y las calorías de origen animal superaban a finales de los 80 el 10% de la ración argelina, lo que, de todas formas, representa menos del tercio de la ración española (Cuadro I).

Conseguidos sobre una base nacional, desde los años 70 sólo han podido mantenerse estos progresos a costa de masivas importaciones, que gravan pesadamente las balanzas comerciales de los tres países, y en particular de Argelia, cuyos ingresos por exportación son casi íntegramente consagrados a la compra de productos alimentarios. Incluso cuando son superadas en valor, como sucede en Argelia con los productos lácteos (CHAULET, 1992), las importaciones de trigo (figura 1

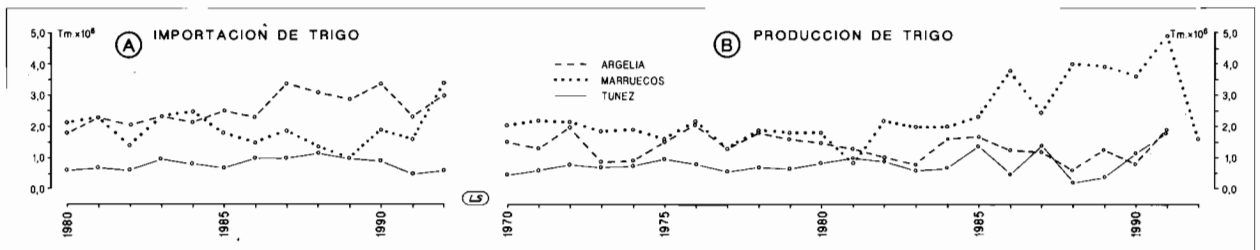


FIG. 1. A. Importaciones de trigo (miles de toneladas). B. Producción de trigo (miles de toneladas)

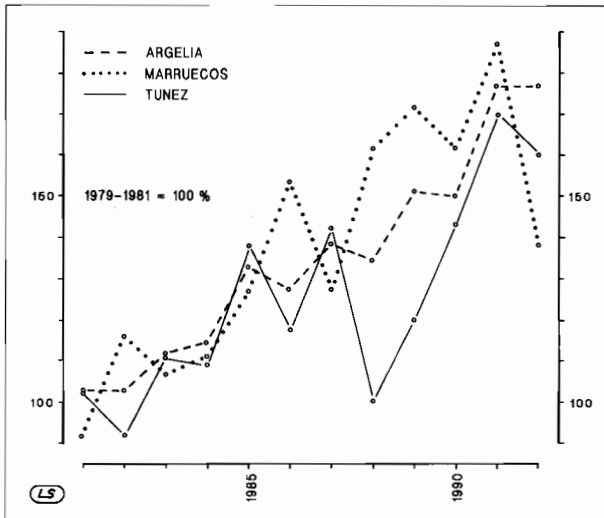


FIG. 2. Evolución de la producción agrícola global (1981-1992)

A) siguen siendo el símbolo y elemento principal de la dependencia alimentaria de los países del Magreb.

En efecto, a largo plazo, el crecimiento de la cereali-cultura no deja de ser muy débil e irregular, con la notable excepción de la producción marroquí de 1985 a 1991: la grave sequía de 1992, que ha obligado a Marruecos a comprar más de tres millones y medio de toneladas de trigo, ha venido a subrayar la fragilidad de los progresos realizados, a merced siempre de un accidente climático (figura 1 B).

En lo que respecta a los granos, que siguen siendo la base de la alimentación, cualesquiera que sean las potencialidades (por lo demás desiguales según los países) y cualesquiera los progresos que puedan producirse, es *poco concebible que el Magreb pueda, ni siquie-*

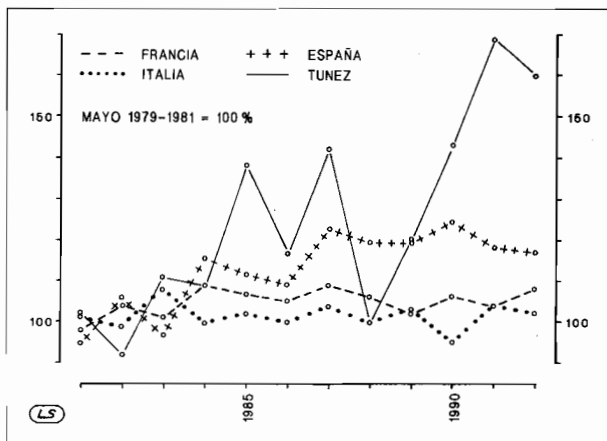


FIG. 3. Evolución comparada de la producción agrícola en cuatro países mediterráneos (media 1979-81 = 100)

CUADRO II. Rendimientos medios trienales (q/ha)

	79-81	90-92	Incremento (%)
Túnez	9,7	15,7	+60
Argelia	6,5	8,7	+33
Marruecos	8,9	13,3	+49

Fuente: FAO 1994.

*ra a medio plazo, asegurar su autosuficiencia alimentaria.*

Ahora bien, si hay que guardarse de las ilusiones, también hay que hacerlo de la imagen asimismo extendida de quiebra de las agriculturas magrebíes. Los datos de la FAO (que tienen la virtud de captar el crecimiento en términos físicos y no en valor, evitando los dobles recuentos) establecen para la década de los 80 un *aumento de la producción agraria global* (vegetal y animal) del orden de 60 a 80% (figura 2).

Durante esta última década, el crecimiento global de la producción agraria magrebí ha sido muy superior al —deliberadamente atenuado, es verdad— de la de Europa Occidental, como muestra la comparación establecida entre Túnez (o cualquier otro de los tres países del Magreb «central») y tres países del norte del Mediterráneo.

Las capacidades de crecimiento, aún reposando parcialmente en provisiones de origen exterior (piensos para el ganado, por ejemplo), no están pues agotadas. Incluso los rendimientos medios en trigo habrían registrado en estos mismos años progresos sensibles, concretamente en Túnez y en Marruecos.

Esta evolución<sup>3</sup> apela a dos comentarios: de un lado, la existencia de reservas de productividad no despreciables; de otro, la persistencia de severos obstáculos a la progresión de los rendimientos. Frente al riesgo de profundización de la dependencia respecto del «mercado mundial» (en el que nada garantiza que los precios «de saldo» actuales se mantendrán en el futuro), el desarrollo de una política activa de reducción de los déficits y la mejora de la seguridad alimentaria aparecen como un objetivo a la vez necesario y posible, siempre que se acompañe de un análisis correcto de los frenos de naturaleza diversa que dificultan el crecimiento de las producciones de base.

<sup>3</sup> Los métodos de cálculo y la elección de los períodos de referencia, de delimitación siempre delicada, varían según los autores. Las medias trienales, comúnmente utilizadas por la FAO, presentan el riesgo (¿o la ventaja?) de integrar las variaciones climáticas. Los cálculos de SETHOM (1992), a partir de medias decenales, llegan a conclusiones semejantes para Túnez.

CUADRO III. Recursos hídricos y consumo de agua

	MARRUECOS	ARGELIA	TÚNEZ
<b>RECURSOS</b>			
Extracciones anuales (km <sup>3</sup> )	11,0	3,0	2,3
% del total	37,0	16,0	52,0
Superficies irrigadas (1.000 ha)	1.275,0	388,0	232,0
<b>CONSUMO</b>			
Por habitante (m <sup>3</sup> )	499,0	160,0	317,0
Para usos domésticos	30,0	35,0	41,0
Para usos industriales y agrícolas	469,0	125,0	276,0

Fuente: Banco Mundial, 1994.

2. EXPLICAR LA DÉBIL EFICIENCIA SOCIAL DE LAS AGRICULTURAS MAGREBÍES

Para muchos observadores, el Magreb estaría abocado, como toda África, a una suerte de fatalidad o de maldición «natural»; hay que examinar esta «explicación», tan frecuente como errónea.

Las disponibilidades en tierras cultivables y sobre todo en agua son limitadas y desigualmente repartidas: con su fachada atlántica, sus macizos montañosos y sus grandes extensiones llanas, Marruecos aparece como el país más apto para aumentar un potencial agropastoril ya importante. Sus superficies irrigadas, a partir de grandes embalses, representan más de las dos terceras partes del total magrebí (figura 4).

Los recursos hídricos decrecen de oeste a este, pero su tasa de explotación es desigual (de más del 50% en Túnez a menos del 20% en Argelia), así como los consumos estimados por habitante (cuadro III).

En todas partes siguen siendo posibles notables mejoras: gran y pequeña hidráulica, protección de suelos, gestión de recorridos y reforestación, o fertilizaciones fundamentadas pueden permitir extender las superficies útiles, aumentar los rendimientos e incrementar significativamente la producción. Una de las cuestiones claves es la irregularidad pluviométrica interanual: la salida a esta importantísima debilidad es el recurso al regadío, único susceptible de reducir sensiblemente los déficits cerealeros, forrajeros y oleaginosos<sup>4</sup>. Después de Egipto,

<sup>4</sup> 350.000 ha de regadío a 30 quintales/hectárea producen 1 millón de toneladas de cereales, es decir, el déficit cerealero marroquí o tunecino y una cuarta parte del argelino. El aumento de 8 a 12 q/ha observado (del 50%, lo que no es poca cosa) de los rendimientos medios en trigo entre los años 79-81 (que fueron mediocres) y los años 90-92 (más bien buenos) no han procurado, sin embargo, más que 2 millones de toneladas suplementarias sobre 5 millones de ha sembradas.

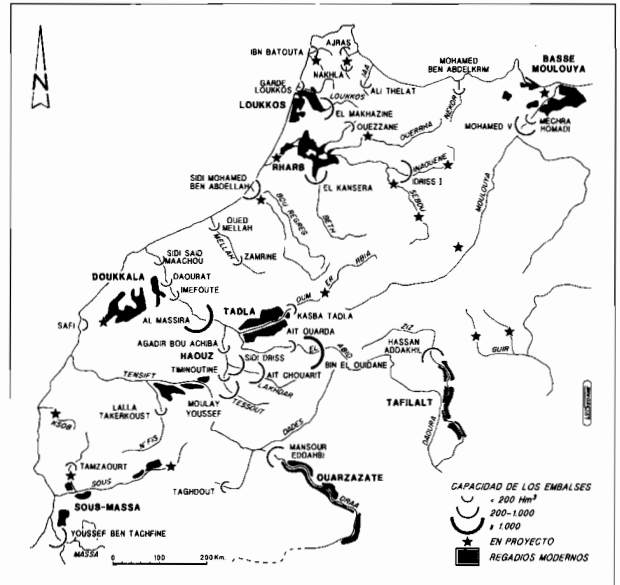


FIG. 4. Grandes infraestructuras hidráulicas y perímetros irrigados en Marruecos.

donde constituye la regla general, Marruecos ha comenzado a desarrollar la cerealicultura irrigada a gran escala, lo que se ha traducido en las curvas de producción (figura 2). Se trata de una opción prometedora para todo el Magreb, pero este desarrollo masivo de los cereales —y de los forrajes— en regadío no es sólo una opción técnica, que plantea el problema de las disponibilidades de agua, semillas seleccionadas y fertilizantes, sino también una opción económica, política y social que no se ha hecho en todas partes ni por todos.

No obstante, las explicaciones corrientemente dadas al estancamiento relativo de la producción cerealera magrebí son de otra naturaleza. La primera de ellas, abundantemente desarrollada desde mediados de los años 80, apuntaría a la *prioridad que se habría dado a la industria en detrimento de la agricultura*, reproche dirigido esencialmente a la Argelia «socialista» de los años 70. Recordaremos simplemente que la estrategia de los dos primeros planes cuatrienales argelinos reposaba, al con-

CUADRO IV. Mecanización de la agricultura

	TRACTORES		COSECHADORAS-TRILLADORAS	
	1979-81	1991	1979-81	1991
TÚNEZ	25.800	25.600	2.453	2.938
MARRUECOS	26.000	41.000	3.520	4.580
ARGELIA	46.900	91.500	4.452	9.500

Fuente: FAO 1994.

trario, explícitamente «sobre las dos piernas»: las industrias petroquímicas y mecánicas encontraban su salida natural en el sector agrícola (compuertas, bombas, tractores y abonos). Es verdad que los efectos no han correspondido a las expectativas: de un lado, el desarrollo de las industrias mecánicas ha dotado a Argelia de un parque de tractores y de cosechadoras-trilladoras más importante que los de Marruecos y Túnez juntos.

Pero esta mecanización ha hecho crecer más la productividad del trabajo que los rendimientos: en el Magreb, como en todas partes, las ganancias de productividad por hectárea dependen del aporte de otros inputs (semillas seleccionadas y sembradoras de precisión, fertilizantes y pesticidas, equipos para la irrigación). Nótese que comparten el mismo origen industrial: para todos estos suministros claves, el análisis de la ejecución de los planes argelinos muestra insistentemente la subrealización de los objetivos, señaladamente en lo que respecta a los factores decisivos de la intensificación: abonos, equipos hidráulicos y hasta cemento. Puede pues afirmarse que los mediocres progresos agrícolas se han debido, al menos en parte, más a las insuficiencias que a los excesos de la industrialización<sup>5</sup>. La permanencia de aportes medios de elementos fertilizantes por hectárea de 3 a 5 veces inferiores a los de España y 10 veces inferiores a los de Francia va en el mismo sentido (cuadro 5). La reducción del consumo de abono en Argelia durante la década de los 80 tampoco es ajena a la debilidad de los progresos realizados en este país en materia de rendimientos (véase más arriba, figura 2).

Una segunda idea muy extendida —y se reparará en que aquí es también Argelia la que está particularmente en el punto de mira— es que

la estrategia de desarrollo habría privilegiado al Estado en perjuicio del campesino (CHEHAT, 1992):

se trata de un argumento más serio, y la historia de los tres países desde la independencia permite ilustrar sobradamente: la presión ejercida constantemente sobre los precios agrícolas a la producción, la sucesión de medidas autoritarias tomadas sin consultar a los interesados y su aplicación sin conocimiento de los intereses —a veces contradictorios— de los trabajadores de la tierra

CUADRO V. Consumo de abonos (Kg por ha de elementos fertilizantes)

	1981	1991
MARRUECOS	24,0	33,2
TÚNEZ	12,2	18,1
ARGELIA	22,7	16,7
ESPAÑA	82,1	97,9

Fuente: Banco Mundial, 1994.

han sido frenos considerables, cumplidamente analizados, primero en Túnez y después en Argelia (CHEHAT, 1992).

Pero, al mismo tiempo, equipamientos y suministros eran en gran parte asumidos por el Estado. La adopción de políticas de ajuste estructural ha roto con esta tradición:

«...En Marruecos, las subvenciones a los abonos fueron reducidas desde 1986, para desaparecer completamente en 1991 (lo que representa un aumento del 50% del precio de los abonos en 5 años)... Las subvenciones a las semillas y al agua de riego se han reducido considerablemente, la medicina veterinaria y la distribución de piensos para el ganado se han privatizado. En Túnez, la disminución de subvenciones a los distintos inputs comenzó en 1987 y prosigue actualmente...» (COULOMB y JACQUET, 1993).

La intervención de los servicios estatales también ha sido decisiva en los mercados exteriores. Pero no ha ocurrido lo mismo con el mercado interior, donde el poderoso lobby de los intermediarios y mayoristas se ha impuesto casi siempre a los poderes públicos en el sector de los productos «no estratégicos» que les fue concedido.

En todo caso, desde hace un decenio, en nombre de las nuevas «estrategias campesinas» vigorosamente promovidas por el Banco Mundial y el FMI, los Estados magrebíes han precipitado su abandono del sector agrícola, a favor de los métodos de gestión y los operadores privados. Sin duda, el período de referencia es todavía algo corto, pero nada indica que las nuevas políticas hayan permitido romper con las tendencias anteriores ni mejorar significativamente la situación de dependencia alimentaria. Al contrario, por la vía del crédito y de las privatizaciones, lo que se ha observado es una «selectividad» agudizada de las ayudas y un nuevo impulso de los procesos de concentración.

La baja eficacia social de las agriculturas magrebíes debe buscarse con mayor seguridad en las políticas agrarias, primero muy diferentes y después convergentes, que se han sucedido desde los años sesenta, su estudio atento permite dilucidar cómo, en definitiva, han desembocado en resultados que parecen bastante próxi-

<sup>5</sup> Hamid Ait Amara y Omar Bessaoud subrayan, por su parte, que «la producción de bienes industriales era, hasta 1986, insuficiente para hacer frente a la demanda (agrícola) y se debía recurrir a la importación para cubrir las necesidades...» En Argelia, siguiendo a los mismos autores, «...el consumo de abono pasó de 40.000 t en 1962 a 180.000 t en 1980 y 606.000 en 1986. Cayó fuertemente estos tres últimos años para situarse en 343.000 t, debido a la importante subida de los precios...».

mos. Nos centraremos en los «modelos» marroquí y argelino, durante mucho tiempo claramente opuestos.

La prioridad de la agricultura se presenta en Marruecos como una opción clara y precoz, lo cual está de acuerdo con la tradición colonial y, sobre todo, como ha puesto de manifiesto El Khiary (1987), con una sociedad y un poder preocupados antes que nada por no reformarse. Se refleja en la importancia de las inversiones que el Estado ha consagrado a los grandes trabajos hidráulicos, la «política embalsista» (EL KHIARY) está en el origen del desarrollo de los cultivos de exportación marroquíes (agrios, patatas, tomates) y de una colonización de tierras concebida como «*sustitutivo de la reforma agraria*» (LE COZ, 1991). En el marco de la competencia agravada con el vecino español, la política activa de apoyo a las producciones nacionales del Estado marroquí ha dado lugar a una contestación cada vez más vigorosa del «proteccionismo» de la CEE. De acuerdo con esta política en resumidas cuentas muy coherente, las divisas de las exportaciones agrícolas, competitivas gracias al sol y al bajo coste de la mano de obra, debían cubrir, entre otras, la factura cerealera: el crecimiento de las necesidades, las revueltas del trigo y las dificultades comerciales han subrayado las debilidades de una política basada exclusivamente en la exportación.

En Argelia, por el contrario, la vía de un desarrollo nacional había sido abierta: pasado un primer momento en el que se soñó con recuperar —a despecho de un contexto nacional e internacional completamente modificado— los beneficios de la colonización, el objetivo de satisfacer las necesidades alimentarias nacionales se sitúa en primer plano a comienzos de los años 70, en los que se multiplicarán las reformas de estructura y las intervenciones públicas para aumentar y reorientar la producción. De hecho, Argelia deja de ser un exportador agrícola neto: los viñedos son arrancados en un 85% y la producción de frutas y verduras se destina en lo sucesivo al consumo nacional. Se podría, pues, hablar de logros, si se hubiera alcanzado la satisfacción de las necesidades en productos alimentarios básicos.

Como es bien sabido, éste dista de haber sido el caso, a causa, sobre todo, de «*un doble o triple mercado*» (CHAULET, 1991) y de una política de precios que desde hace treinta años ha penalizado a los productos de base o «estratégicos», manteniendo bajos los precios al consumo y a la producción, mientras eran libres los precios de verduras, frutas y carne. Al mismo tiempo, y contrariamente a la imagen proteccionista que suele darse, una apertura antigua al «mercado mundial» permitía suministros crecientes de cereales panificables (ya en el 66,

tras la sequía de la campaña 65-66), pero también de piensos para el ganado, de leches secas (reconstituidas en unidades de rehidratación del país) y de semillas oleaginosas: importaciones tanto más «fáciles» cuanto que los precios «mundiales» eran inferiores a los costes de producción locales y que las exportaciones de hidrocarburos podían financiarlas. De esta política agraria muy contradictoria se derivaron dos lógicas económicas distintas:

— un sistema rentista, casi latifundista que reposa en una asociación bienal cereal-barbecho de muy débil rendimiento, pero mecanizada (tractor y cosechadora-trilladora); la rentabilidad y la regulación del conjunto son aseguradas por el aprovechamiento ovino (BOUTONNET, 1989). Este sistema en gran medida es heredado de la colonización, aunque abarca al sector público y a la gran explotación privada y domina ampliamente en superficie hoy en día, pues ni la Autogestión ni la Revolución Agraria después han sabido o podido reformar.

— en el lado opuesto, un sector especulativo de agricultura esencialmente de regadío, basada en los cultivos leguminosos (y a veces también en los frutales, aunque la rotación del capital es en estos más lenta) y en la ganadería intensiva (vacas lecheras, gallinas ponederas y aves de carne); la rentabilidad de estas explotaciones grandes o pequeñas, públicas o, sobre todo, privadas, descansaba en un acceso poco costoso al agua, el recurso a una mano de obra poco remunerada y el mantenimiento de precios relativamente altos a la producción<sup>6</sup>.

Este mismo sector especulativo está en el origen del desarrollo sin precedentes de los cultivos leguminosos en regadío, cuya producción se ha triplicado en 10 años (FAO, 1994), a raíz del desmantelamiento de las estructuras públicas, de la desreglamentación de los salarios y de la liberalización total del comercio y de los precios. Al mismo tiempo, las producciones de base permanecían estancadas o declinaban, con la excepción de la cebada, cuya producción se ha visto empujada por los aprovechamientos ganaderos<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> El desarrollo de la producción no se ha acompañado de una bajada de los precios al consumo, que resultan demasiado elevados para gran parte de las familias. Sería interesante ver cómo el monopolio privado de la cosecha y la comercialización pesa igualmente sobre el ingreso de los productores y, más particularmente, sobre la remuneración de la fuerza de trabajo.

<sup>7</sup> Es demasiado pronto todavía para apreciar el efecto de los incrementos sucesivos de los precios de los cereales, de tal calibre que los percibidos por los productores eran, en la primavera de 1994, tres veces superiores a los «cursos mundiales»: un nivel muy elevado que se correspondía con un fuerte aumento de los precios de los bienes de consumo intermedios (AIT AMARA y BESSAOU; 1993) y con la intención tardía pero firme de provocar un desarrollo de la pro-

Sin menoscabo de los contextos diferentes (mercado de exportación en Marruecos, satisfacción de la demanda de las capas medias y superiores en Argelia), aquí radica la clave de los resultados por lo menos contradictorios de las agriculturas magrebíes.

### 3. PROFUNDIZACIÓN DE LAS DISPARIDADES

En este contexto de dos lógicas opuestas, especulativa y rentista, evolucionan hoy los espacios rurales argelinos —y, en general, a nuestro entender, magrebíes—, en una *multiplicidad de pequeñas células fragmentadas* (CHERRAD, 1993) entre las cuales tienden a profundizarse los contrastes agrarios.

En las montañas, Gérard Maurer ha descrito bien la evolución de los espacios regresivos, como en la Kabylia, donde la parcelación agraria y el trabajo en el valle, en la ciudad o en el extranjero acaban de comprometer la ordenación pacífica de un medio particularmente difícil. A la inversa, ha descrito espacios de reconquista y de desbroce, como en el Rif oriental marroquí, donde un cultivo particularmente lucrativo, el kif, ha suscitado las iniciativas. A una escala menor, los retoques locales se multiplican, oponiendo el aprovechamiento más intensivo de los centros y sus proximidades a las márgenes y las zonas dispersas abandonadas.

Las formaciones esteparias aparecen en las regiones semiáridas como otro medio frágil, sometido a la presión pastoril y de la cerealicultura mecanizada que se desarrolla en las *dayas* e incluso a expensas de la estepa de artemisa o de esparto. Los grandes proyectos argelinos de la década de los 70 (barrera verde, cortinas paravientos, equipamientos pastoriles) sólo han significado éxitos limitados, con altos costes de mantenimiento que el Estado ha dejado de asumir. Los fenómenos de deflación y de acumulación eoliana se desarrollan, contribuyendo a su vez a los procesos de desertificación y aridificación de la zona (PRENANT, 1992).

Es en las cuencas interiores tellianas y en las llanuras litorales donde los procesos de diferenciación se afirman más claramente, siguiendo un esquema relativamente simple, donde las disponibilidades de agua y la proximidad de los mercados urbanos juegan el papel esencial. El Oranesado da una buena muestra de ello,

con la oposición entre, de un lado, las periferias urbanas hortícolas, lecheras y avícolas y las cuencas arborícolas o leguminosas especializadas (valles o llanuras costeras ricas en agua) y, de otro, los espacios de uso extensivo (colinas y baja montaña pastoril y llanuras cerealeras). En los espacios de fuertes densidades los conflictos por el suelo se han multiplicado con la privatización del dominio público, acompañados por los conflictos por el acceso a los recursos hídricos. De modo general, el control del ciclo del agua es en estas zonas especialmente difícil: variaciones de la capa y salinidad de los suelos en los antiguos perímetros irrigados, tratamiento y reciclado de las aguas residuales urbanas, aparición de contaminaciones por nitrógeno y pesticidas en las zonas hortícolas intensivas: todo un amplio campo de investigaciones queda abierto.

## II

### LAS TRANSFORMACIONES DE LAS SOCIEDADES Y LOS ESPACIOS RURALES Y LA AGUDIZACIÓN DE LOS PROBLEMAS DE EMPLEO

El conocimiento que tenemos de las sociedades rurales magrebíes sigue siendo superficial y fragmentario; una geografía social de estos campos queda por hacer. Por ello nos limitaremos a recordar algunos elementos conocidos y proponer algunas pistas de investigación.

#### 1. UNAS CARACTERÍSTICAS RURALES ESPECÍFICAS

En el conjunto del Magreb, aunque en medida variable, el medio rural ha conservado un crecimiento natural superior al de las ciudades. A falta de datos seguros resulta difícil precisarlo: como muestra el estudio llevado a cabo en Marruecos por el CERED (1993), los datos del registro civil están afectados por un subregistro importante, pero diferenciado, a la vez, según el medio (sólo 49,7% de las defunciones son registradas en el medio rural, contra 93% en las ciudades) y según el sexo, en particular en el campo, donde sólo fue registrado el 30% de las defunciones femeninas de 1986-88 (frente al 55% de las masculinas). El subregistro es todavía más flagrante en lo que atañe a la mortalidad infantil: sólo 35% de las defunciones de menores de un año —en el caso de Marruecos— fueron declaradas en 1991, tanto en medio urbano como en medio rural.

El mismo estudio confirma que a pesar de un descenso rápido de los indicadores de mortalidad, el diferencial campo-ciudad

ducción nacional. Las primeras observaciones sobre el terreno dejan ver una extensión del modelo rentista de cerealicultura extensiva mecanizada, especialmente en las condiciones de muy bajos rendimientos de la zona esteparia (DJE-NANE, 1993).



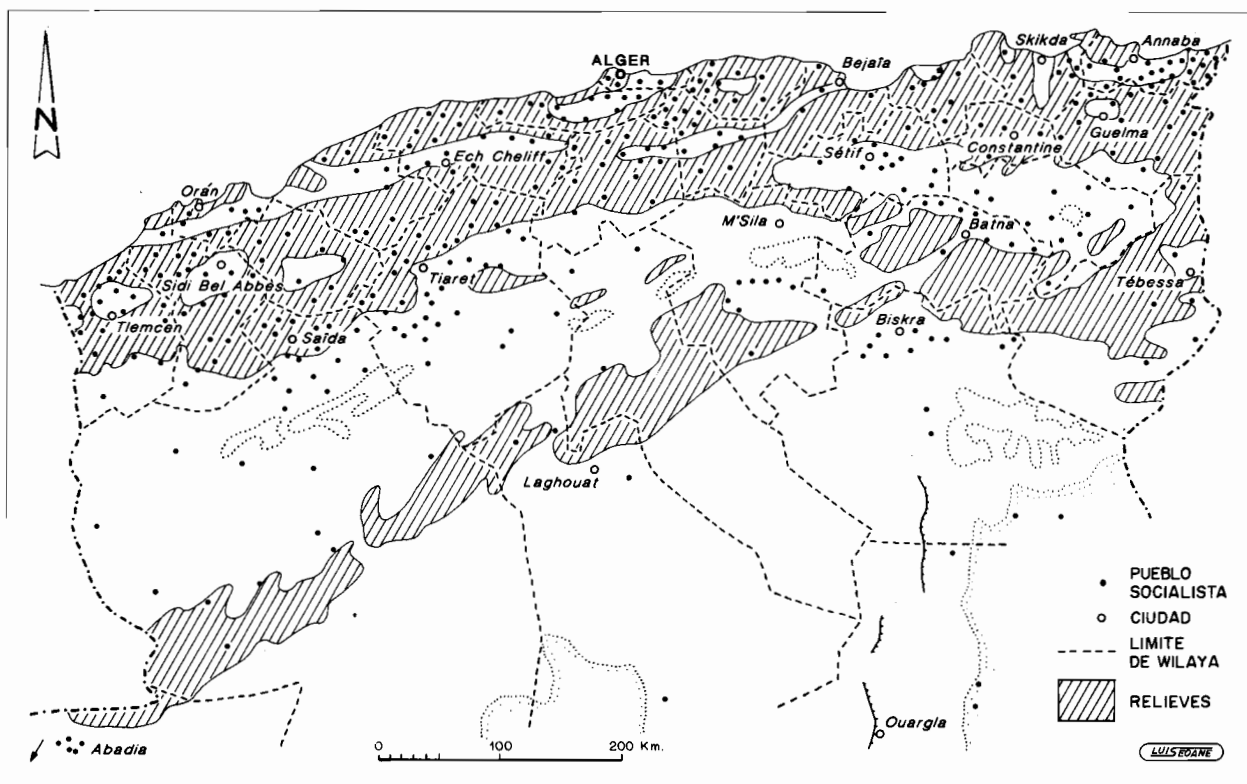


FIG. 5. Los pueblos socialistas en Argelia.

«imputable a las condiciones sanitarias y socioeconómicas desfavorables que caracterizan al medio rural»

sigue siendo fuerte: la mortalidad infantil baja rápidamente (pasando, según los autores, de 75,5 por 1.000 en 1987 a 57,3 por 1.000 en 1990), pero la sobremortalidad infantil rural persiste (64,5 frente a 43,7 por 1.000 en las ciudades) y la esperanza de vida sigue siendo menor en el campo (64 años frente a 70 para los hombres, 67 frente a 74 para las mujeres).

Las tasas de natalidad nacionales han perdido quince puntos en 20 años y se sabe que esta disminución comenzó por las ciudades, pero la reducción se deja sentir también en medio rural: en Túnez, según el Banco Mundial, la tasa de natalidad media habría caído a 27 por 1.000 en 1991, frente a 32 en Marruecos y 34 por 1.000 en Argelia. Cálculos más recientes, basados en el registro civil (PRENANT, 1993), tienden a mostrar que esta estimación es excesiva: a ambos lados de una tasa de natalidad media de 28 por 1.000 para Argelia, los valores serían de 25 por 1.000 en las wilayat de dominante urbana, frente a 32-36 por 1.000 en las de dominante rural.

La reducción paralela de las tasas de mortalidad (de 14-16 por 1.000 en 1970 a 6-8 por 1.000 en 1991) man-

tiene, sin embargo, un fuerte crecimiento anual, del orden de 2% en Túnez y 2,5% en Argelia y en Marruecos. En veinte años la población rural oficial de Túnez ha pasado así de 2,9 a 3,7 millones, es decir, un crecimiento del 27% (+30% en Marruecos y +42% en Argelia): como el crecimiento de las poblaciones totales a lo largo del mismo período ha sido de +57%, +63% y +74%, respectivamente, puede decirse que el crecimiento natural rural ha alimentado en partes aproximadamente iguales el crecimiento demográfico urbano (éxodo rural real o aparente) y el del medio rural.

Paralelamente a este crecimiento natural cada vez más lento, todos los autores indican una fuerte tendencia a la concentración de las poblaciones rurales. En el caso de Marruecos, J.F. Troin ha mostrado cómo los zocos rurales han servido de germen de urbanización a las poblaciones rurales circundantes. En Argelia, con la creación de más de 900 «pueblos de colonización», el hábitat disperso (sospechoso de servir de refugio al maqui) fue parcialmente destruido por el ejército colonial, sobre todo en la montaña, y la población fue reunida en los piedemontes, en los «pueblos de reagrupación». Con la independencia, sólo un pequeño número de estos *aduares* y *dechera* aislados fueron reocupados, pues los habi-

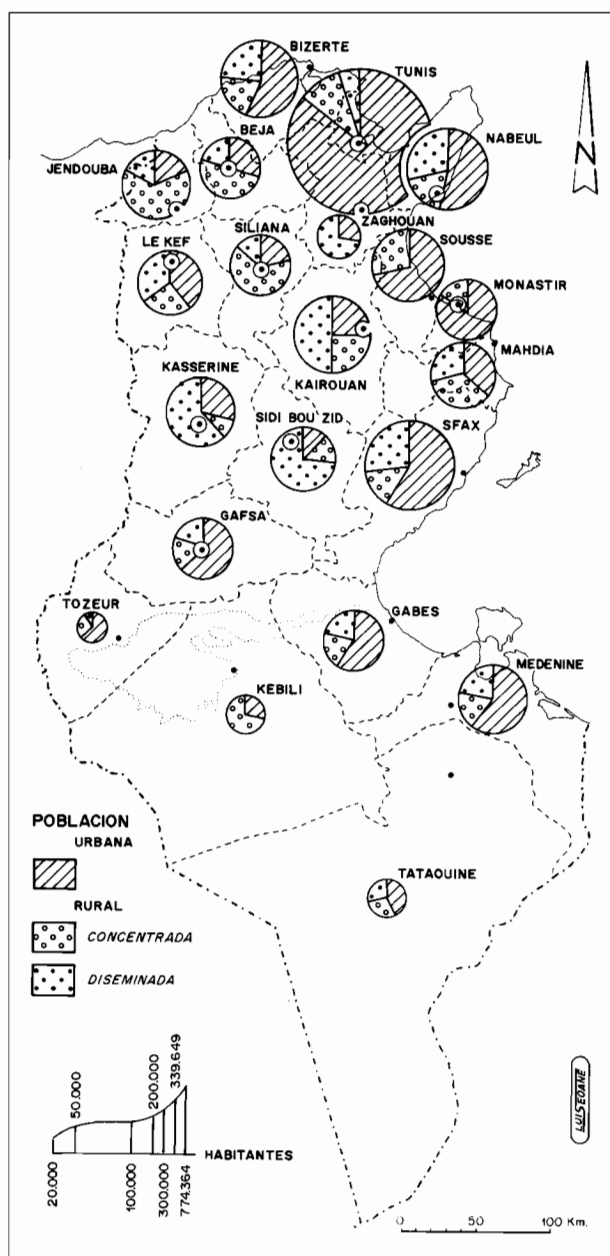


FIG. 6. Población urbana y población rural en Túnez.

tantes mostraron preferencia por las aldeas y los pueblos, cuya red se completó más tarde con los 300 «Pueblos Socialistas» producto de la Revolución Agraria (figura 5).

Por consiguiente, el hábitat disperso, que sigue siendo característico de algunas regiones, ha retrocedido de modo muy notable. En Argelia la política sistemática de creación o de promoción de nuevas cabeceras municipales o de *daira* ha contribuido poderosamente a ello. En

CUADRO VI. Número de habitantes por médico

	MARRUECOS	ARGELIA	TÚNEZ	ESPAÑA
1970	13.090	8.100	5.930	750
1990	4.840	2.330	1.870	350

Fuente: Banco Mundial, 1994.

Túnez, la población rural diseminada («aislada») sólo sigue predominando sobre la población agrupada en menos de la mitad de las provincias (figura 6).

Esta tendencia a la concentración se ha puesto tanto más de manifiesto cuanto que se correspondía con una aspiración profunda de los habitantes a participar de los beneficios de *equipamientos* (agua corriente, electricidad y gas) y *servicios* mercantiles (comercios) y no mercantiles (salud y escolarización) que los centros son los primeros en recibir: como muestra el ejemplo tunecino, las ventajas de la concentración son evidentes (SETHOM, 1992). Pero a pesar de los progresos realizados, el retraso de los municipios rurales con respecto a las ciudades es todavía sensible: así, en el Yebel Tessala y sus piedemontes (Oranesado central telliano), y según los municipios, sólo entre el 20 y el 75% de las viviendas rurales disponían en 1977 de agua corriente, y entre el 34 y el 67% de electricidad (frente al 89% en ambos casos en la ciudad de Sidi Bel Abbes). En la misma fecha la casi totalidad de los hogares (entre el 94 y el 98%, tanto en las ciudades como en el campo) utilizaban gas en bombonas, cuya generalización, ya sea en diseminado o en las aglomeraciones, ha supuesto una pequeña revolución en las condiciones de vida y de trabajo de las mujeres, y para la conservación de las zonas forestales.

Los progresos de la escolarización<sup>8</sup> y de la cobertura sanitaria han sido rápidos en todas partes: una red relativamente densa de profesionales de la enfermería ha permitido mejorar en poco tiempo la situación sanitaria general y el número de habitantes por médico ha disminuido fuertemente. Sin embargo, sigue siendo diez veces superior al que se registra en España (cuadro VI).

En la mayor parte del medio rural, al igual que en las periferias urbanas populares, el número de médicos por

<sup>8</sup> Existen pocos datos sintéticos sobre las desigualdades del acceso a la escuela entre campo y ciudad. La tasa neta de escolarización ha progresado en los tres países, pero las diferencias siguen siendo importantes en la enseñanza primaria y aún más en la secundaria (CHERRAD; 1994). Para Túnez —propuesto a menudo como ejemplo—, Sethom señala tasas elevadas (del orden del 20%) de niños de seis a catorce años no escolarizados, especialmente en las provincias interiores de fuerte componente rural.

CUADRO VII. Población activa agraria (en miles)

	MARRUECOS	ARGELIA	TÚNEZ	ESPAÑA
1975	2.399	1.355	613	2.657
1980	2.586	1.267	684	2.215
1985	2.715	1.293	673	1.872
1990	2.824	1.391	651	1.550
1992	2.853	1.444	635	1.436
% en 1992	34,8	23,3	22,4	9,8

Fuente: FAO 1994.

1.000 habitantes sigue estando notablemente por debajo de estos promedios; estudiando las 4 *wilayat* del Tell argelino oriental (Annaba, Guelma, Tarf y Souk Ahras), Cherrad (1994) ha subrayado las disparidades existentes entre los municipios rurales alejados o aislados (con tasas inferiores a un médico por 10.000 habitantes) y otros centrales, periurbanos o litorales que presentan tasas superiores a un médico por 1.500 habitantes, en relación con el desarrollo de los consultorios privados que ha tenido lugar durante los años 80 allí donde existía una clientela acomodada y, sobre todo, en las ciudades.

## 2. UNAS SOCIEDADES RURALES EN VÍAS DE RÁPIDA DIVERSIFICACIÓN

La segunda característica de la evolución del medio rural es su rápida diversificación social: sociedades que tenían una componente campesina o agrícola muy fuerte han pasado a ser sociedades diversificadas, en las que el empleo agrícola ha conocido, al menos en términos relativos, un importante declive. También en este caso el análisis de la evolución y la comparación entre países es dificultada por la heterogeneidad de las definiciones, concretamente en lo que respecta a la medida del empleo agrícola. El registro de la actividad de las mujeres, sistemáticamente consideradas como activas en el Marruecos rural, no se hace del mismo modo en Argelia, donde la actividad femenina se aprecia siguiendo los mismos umbrales de jornadas de trabajo declaradas que para los hombres: tendencia a sobrestimar el trabajo femenino en el primer caso y a subestimarlo en el segundo. Se manejarán, pues, con prudencia unos datos que indican (sobre todo para Argelia y Marruecos, y a diferencia de lo que se observa en Europa) un crecimiento del número de trabajadores comprometidos en la producción agraria (cuadro VII).

Esta cuestión de las definiciones tiene su importancia, pues interesa apreciar correctamente las evoluciones

en curso: ¿nos encaminamos hacia un número y un desmigajamiento crecientes de las explotaciones magrebíes o, por el contrario, hacia una concentración y una reducción del número de éstas? Para Argelia, Hamid Ait-Amara y Omar Bessaoud observan, partiendo de otras cifras, que

«...después de un movimiento de reducción entre 1966 y 1977, coincidiendo con la fase de industrialización, la población activa agrícola ha vuelto a crecer, (...) (en la medida que) esta fuerte presión sobre la tierra ha favorecido la extensión del minifundismo...».

Los datos de la FAO parecen confirmar esta hipótesis (véase el cuadro anterior), al menos en el caso de Marruecos, mientras que en Túnez la reducción del empleo proseguiría desde 1980<sup>9</sup>. Lo cierto es que en no pocos campos la actividad agrícola se ha vuelto minoritaria: en los municipios rurales o semirurales del Tessala, la cuota del empleo agrícola oscila ahora entre menos de un cuarto y dos tercios de la población activa (frente al 64-90% en 1966). En este Oranesado vitícola, el arranque de viñedos ha acarreado la reducción de más de un tercio del empleo asalariado agrícola en veinte años.

La privatización rápida del patrimonio público desde 1987 entraña el riesgo de modificar muy ampliamente el paisaje social, por el estallido del conjunto de los asalariados y casi-asalariados del sector agrícola público entre un número mal conocido, pero reducido, de explotantes casi-privados y un número con toda probabilidad creciente de asalariados de estatuto privado y más frecuentemente precarios que permanentes. Con este proceso de diferenciación de la mano de obra agrícola desaparecería la especificidad mantenida durante treinta años por las estructuras sociales de los campos argelinos, en beneficio de relaciones patronos-asalariados propias de un sector de carácter claramente capitalista, como el que encontramos en Marruecos, alternando con los estatutos precapitalistas subsistentes descritos por El Khiary (1987): *Jamesado*, *jobza*, colectivos, etc.

Según lo presenta Gana (1991), el caso de Túnez sería diferente debido a la importancia de un campesinado pequeño y medio que, según el patrón social-cristiano de la orilla norte del Mediterráneo, habría conseguido imponerse sobre los restos de las Unidades Cooperativas de Producción. De esta realidad (¿o ficción?) se deriva una aproximación económica y estadística exclusi-

<sup>9</sup> Según André Prenant, al menos en Argelia sería más correcto hablar de estancamiento del empleo agrícola. Las dos apreciaciones no son incompatibles, habida cuenta de que los empleos temporales han podido extenderse a expensas de los permanentes.

vamente planteada en términos de «explotaciones familiares», de las que estarían ausentes las relaciones salariales. Las grandes extensiones de la O.T.D. (*Office des Terres Domaniales*), vendidas o concedidas por medio de las S.M.V.D.A., a grandes inversores privados nacionales o extranjeros, desempeñan, sin embargo, un papel importante (ELLOUMI, 1990). Algunas aportaciones de Hafed Sethom permiten pensar que habría que tenerlas también en cuenta.

Paralelamente a este relativo estancamiento del empleo agrícola, *el desarrollo del empleo no-agrícola* durante el último cuarto de siglo ha afectado a las ciudades, pero también al campo. A falta de datos fiables y comparables, nos vemos reducidos a una apreciación más cualitativa que cuantitativa de esta evolución.

Sabemos, por ejemplo, que la mayor parte de los comercios y los servicios (a los particulares y, sobre todo, a las empresas) se han localizado en las ciudades. Por su parte, especialmente en Argelia y en Túnez, los campos han recibido los servicios primarios pero característicos de países modernos (administración, sanidad, educación) que han generado un gran número de empleos públicos. Sabemos también que las políticas de industrialización han tenido orientaciones, contenidos y efectos territoriales diferentes: a la búsqueda de ventajas comparativas, las empresas de subcontratación o de exportación no se localizan del mismo modo que las industrias de base o manufactureras que operan para el mercado interior. La planificación y búsqueda de «oportunidades» tampoco tienen los mismos efectos: al eje Casablanca-Kenitra se opone «el desierto industrial marroquí», igual que Túnez capital y el litoral oriental se oponen al interior tunecino; en Argelia, la industrialización basada en los hidrocarburos (centros de extracción saharianos, unidades de transformación y de expedición litorales) ha sido completada por toda una serie de creaciones industriales en el interior: zonas industriales de las ciudades medias, primero, y después simples pueblos promovidos a cabeceras de *daira* o de *wilaya*. La política de reestructuración industrial de los años 80, al hacer estallar las sociedades nacionales en una densa red de establecimientos de menor talla, ha podido también durante un tiempo desempeñar su papel en la urbanización de toda una serie de pequeños centros rurales.

El estudio ya evocado de los espacios rurales del Tell oriental (CHERRAD, 1994) permite un balance de la evolución reciente de cerca de un centenar de municipios rurales y semirurales, clasificados según su actividad económica dominante en 1987: 45% de ellos siguen teniendo una dominante agrícola y un puñado la tie-

nen terciaria, pero la industria y la construcción se imponen en los demás. En la misma región y para el mismo período, Hosni Boukerzaza (1994) ha puesto de manifiesto el papel del sector público en este crecimiento del empleo secundario: empresas municipales y de *wilaya* para la construcción y las obras públicas y establecimientos de sociedades nacionales para la industria. Se trata, sin duda, de marcas particulares del «modelo argelino», al menos hasta mediados de los años 80.

Sea como fuere, los dos decenios que van de 1966 a 1987 habrán dejado en Argelia, pero también en Marruecos y en Túnez, una transformación profunda de la sociedad, que podemos caracterizar como un proceso de asalarización de capas cada vez más numerosas de la población. En Argelia, donde indudablemente el proceso ha llegado más lejos, los asalariados representaban oficialmente el 75% de la población ocupada en 1990 (BENACHENHOU, 1993), haciendo de los activos agrícolas un elemento característico aunque a veces minoritario en las sociedades rurales: obreros, empleados, personal dirigente intermedio, técnicos e ingenieros son ya parte integrante de la población rural magrebí.

La distribución en el territorio de este proceso de desarrollo y de asalarización no se ha dado al azar: «...*En ruptura con el período colonial*», esta «segunda génesis» se ha hecho también sobre la base de «una acumulación desigual», de un «desarrollo selectivo». De acuerdo con esta nueva lógica, los campos no se beneficiaron de las creaciones de empleo más que en segundo término (o indirectamente, a través de las migraciones de trabajo), pues lo esencial recayó en las ciudades, particularmente en las capitales de *wilaya*, y

«la política de ordenación del territorio sólo remedia(ba) las grandes desigualdades, en tanto que las disparidades locales e incluso intrarregionales sólo eran mediocrementemente tenidas en cuenta...» (BOUKERZAZA, 1993).

Cherrad deduce de ello los elementos de una tipología en la que se podría distinguir tres tipos de sociedades y de espacios rurales:

1. Las *sociedades rurales en crisis de los espacios en proceso de abandono*: en las zonas montañosas, en los bordes de las llanuras interiores, formas extensivas de utilización del suelo, éxodo rural y/o emigración traen consigo el estancamiento o el declive demográfico: son los «*espacios de desacumulación*», «*repulsivos*» o «*dejados de lado*» en los que la evolución regresiva está ilustrada por el modelo latifundista de explotación y las relaciones de dependencia familiares y clientelares que le son propias.

2. Las *sociedades rurales en vías de «desagricolización» de las periferias de las grandes ciudades y las llanuras litorales*: en los campos «de acogida, atractivos, de acumulación» están presentes las actividades agrícolas, más bien intensivas, pero sólo abarcan a una fracción mínima de las poblaciones agrupadas en pueblos o dispersas. Las relaciones con la ciudad próxima son estrechas y determinan una movilidad pendular intensa entre los barrios y poblados dormitorio y los lugares de trabajo (terciarios de los centros e industriales de las periferias urbanas). La competencia por el espacio y los recursos hídricos es en ellos muy fuerte y los conflictos se suceden, particularmente en el ámbito del suelo e inmobiliario. El control de los poderes públicos es, pues, esencial y da lugar a compromisos entre el poder central y los grandes agentes económicos locales, muchas veces a expensas de los simples habitantes y del interés público.

3. Entre estos dos modelos, las *sociedades rurales de dominante agraria pero en proceso de diversificación*, en las que coexisten explotaciones familiares pequeñas y medianas, explotaciones capitalistas y formas heredadas de otros tiempos (*jammes*, asalariados, concesionarios y colonos), sólo ocuparían un lugar limitado. En las condiciones de una economía agraria orientada al mercado, las pequeñas ciudades rurales, centros a la vez de recepción y de difusión de iniciativas, juegan un papel esencial en el control de la sociedad local y del mercado de la tierra. En estos «campos intermedios, del tercer grupo», con tasas de crecimiento moderadas, unas sociedades locales complejas pero menos desestructuradas parecen tener más probabilidades de afirmarse: Cherrad y Belguidoum recuerdan que fue en estos municipios donde, en las elecciones municipales de 1990 y frente a los candidatos del FIS y los del FLN<sup>10</sup>, los independientes obtuvieron más votos<sup>11</sup>.

<sup>10</sup> El Frente de Liberación Nacional, que tiene su origen en la Guerra de Independencia, está en el poder desde 1962. El Frente Islámico de Salvación obtuvo su primer gran éxito en las municipales de junio de 1990, en las que consiguió arramblar con una mayoría de ayuntamientos. Tras la primera vuelta de las generales de enero de 1992, que vino a confirmar el avance del FIS, el proceso electoral fue interrumpido y asumió el poder un Alto Consejo de Estado.

<sup>11</sup> Debe hacerse notar que detrás de esta tipología aparece la cuestión de las *identidades locales y/o rurales*. A propósito de estos campos magrebíes algunos se interrogan, en efecto, sobre la pertinencia y la importancia de la esfera local, aplastada por (¿o descuartizada entre?) las relaciones familiares y la referencia nacional, presentadas como los dos polos estructurantes de una identidad rural magrebí poco territorializada. Tales son los resultados del estudio llevado a cabo a partir de una muestra significativa de campesinos del norte de Túnez (GANA; 1994). A lo que Saïd Belguidoum (1994) responde afirmando que, al contrario, entre la familia y el Estado existen como intermediarios obligados las sociedades y los poderes locales. ¿O se trataría simplemente de dos situaciones diferentes, una tunecina y la otra argelina? Estamos ante una cuestión de importancia, a

¿Una tipología así podría valer fuera de Argelia? Es una de las cuestiones que un enfoque comparativo podría esforzarse en resolver. Sin duda, sería preciso completarla para tener en cuenta especificidades físicas (medianas y altas montañas, estepa, regiones áridas), culturales (señaladamente núcleos bereberes) o económicas (regiones agrícolas especializadas, industrializadas o turísticas).

Pero una crisis social profunda recorre el conjunto de estos territorios y el caso argelino no es singular más que por el cariz particularmente agudo y sangriento que ha tomado una contestación integrista que está presente en los tres países. Como en los dos países vecinos, esta crisis nos parece propia de un proceso de diferenciación social agravado.

Partiremos de nuevo del caso argelino, sobre el que disponemos de varios estudios recientes, y que se nos presenta como particularmente esclarecedor: en efecto, más que para sus vecinos, los años ochenta han marcado para Argelia no ya una simple prolongación, sino un verdadero cambio de tendencia que explica, a nuestro parecer, el carácter especialmente agudo de la crisis que hoy conoce.

### 3. LA DIFÍCIL MEDIDA DE LAS DESIGUALDADES Y EL AUMENTO DEL PARO

La medida de las desigualdades en el seno de las sociedades es una cuestión central, pero que plantea numerosos problemas de fuentes y de métodos. Varios autores magrebíes los han afrontado. El antiguo Primer Ministro argelino A. Brahimi recuerda en su libro<sup>12</sup> que

«el decenio de los ochenta estuvo marcado por una fuerte concentración de la renta»,

y la encuesta nacional de presupuestos familiares de 1988 muestra que

«...20% de los hogares efectúan 46,5% del gasto total, mientras que el 20% más pobre sólo gasta 6,8% del total, de modo que el gasto total del 10% más rico es 11,7 veces más importante que el de los hogares más pobres...».

Como puede verse, el estudio se refiere al conjunto de la población argelina, sin distinguir ciudades y campo.

nuestro juicio abierta, cuya respuesta debería contener claves para la comprensión de las fuertes tensiones que afectan a las sociedades magrebíes, ya sean rurales o urbanas.

<sup>12</sup> *L'economie algérienne* (OPU, Argel, 1991), citado por A. Benachenhou (1993).

CUADRO VIII. Gasto por persona y año (en dinares tunecinos)

	Total	En alimentación
MEDIO URBANO	618	?
– grandes ciudades*	748	257,9
– ciudades pequeñas y medias	501	195,6
MEDIO RURAL	294	133,9
– aglomeraciones principales	390	?
– zonas de hábitat disperso	273	?

\* Túnez, Sfax y sus periferias, Sousse, Bizerta y Gabes.

Nos vemos, pues, reducidos a hipótesis: esta fuerte diferenciación social, ¿se ha manifestado en menor grado en el campo que en las ciudades?

Tenemos elementos de respuesta en las encuestas de consumo que confirman que en el Magreb, como en Europa Occidental, los niveles medios de consumo de los urbanos son superiores a los de los rurales: en más de un 50% en Argelia (3.928 DA frente a 2.437), y más aún si se compara el gasto medio de un habitante del Gran Argel (4.250 DA) con el de uno de una zona rural dispersa (2.437 DA). La diferencia es todavía mayor en Túnez (618 DT frente a 294, según la encuesta de 1985, o sea, más del doble) (Cuadro VIII).

La estructura del consumo también cambia del medio urbano al rural, como muestra el cuadro IX: en Túnez, el gasto monetario en alimentación, que es dos veces menor en los rurales<sup>13</sup>, supone, sin embargo, más del 45% de su presupuesto de gastos, frente a sólo 34% en las grandes ciudades.

El peso de la alimentación era en Argelia unos años atrás (1983) más elevado, pero muy poco diferenciado según el tipo de poblamiento (54,7% en ciudad y 56,6% en el campo). Vivienda, educación, transporte y servicios higiénicos representaban (¿por efecto de la política voluntarista del Estado?) una parte mucho menor del gasto, tanto en ciudad como en el campo (BENFERHAT, 1984). En estas condiciones, el vestido y los «otros gastos» vendrían a representar más o menos el doble de lo que suponían entonces en un hogar tunecino. Sería, pues, de interés poder estudiar la evolución reciente de estos consumos: el peso de los productos alimentarios no mercantiles de origen doméstico y el coste más bajo de la vi-

vienda, ¿pueden haber desempeñado en el campo un papel de «amortiguadores sociales» o, por el contrario, constituyen un factor de agravación de la diferenciación social? Pensamos en ciertas fracciones de la población, desplazada y desarraigada, sin tierra y sin techo.

Por último, lo más interesante para nuestro propósito sería saber si la distribución en diferentes países de los ingresos en medio rural difiere sustancialmente de la del medio urbano o si, por el contrario, las diferencias se establecen sobre todo entre unos espacios rurales o regionales y otros. Para Argelia, la encuesta de 1983 nos da algunas indicaciones sobre esta repartición (BENFERHAT, 1984). Dos enseñanzas se desprenden:

– Se ha calculado el índice de concentración (derivado de la curva de Lorenz) de los gastos globales clasificados por tramos: con un índice del 25%, la *concentración relativa* del gasto en el Gran Argel aparece menor que en el conjunto del sector urbano (27%) y del sector rural (31%).

– Esta indicación de una «repartición más igualitaria en las ciudades que en el campo» debe complementarse, por una parte, con el hecho de que la *mediana de los gastos* es notablemente más baja en medio rural (2.003 DA frente a 3.432) y, por otra, con el dato de que en éste último los cuatro tramos de menores gastos (menos de 1.500 DA) comprenden al 26,5% de la población (frente a 5,2% en el Gran Argel), mientras que los cuatro de mayores gastos (más de 6.000 DA) sólo incluyen al 4% de los rurales (frente a 14,2% en el Gran Argel): con índices de concentración relativa poco diferentes, resultan perfiles invertidos de la estratificación social rural y urbana.

¿Cuál ha sido la evolución en los últimos 10 años? ¿Campo y ciudad han evolucionado paralelamente, diferentemente o de manera diversificada? También en este caso, estamos a la espera de comparaciones. Deberán concentrarse en precisar los procesos según los cuales se manifiesta, en los tres países, la diferenciación social agravada evocada más arriba. Nos parece que deben distinguirse tres procesos principales:

La primera característica de la evolución contemporánea es el paso que se está produciendo del subempleo a la falta de empleo, con la agravación reciente del problema del paro. Repasando los cuarenta últimos años de la historia argelina, Abdellatif Benachenhou (1993) distingue dos grandes períodos: los treinta años de *crecimiento del empleo y de los ingresos* (1954-1984) y el período actual (1984-1992) caracterizado por la *degradación del empleo y de los ingresos*.

<sup>13</sup> La fortísima diferencia entre campo y ciudad, en Túnez, en el gasto en alimentación encuentra explicación en los métodos distintos seguidos por ambas encuestas: mientras en Túnez sólo se ha repertoriado el consumo mercantil, en Argelia, el autoconsumo —esencialmente en zona rural— ha sido objeto de una evaluación a los precios corrientes del mercado.

CUADRO IX. Distribución del gasto por persona y año (en %)

	ARGELIA 1983		TÚNEZ 1985	
	Sector urbano	Sector rural	Grandes ciudades	Medio rural
Alimentación	54,7	56,6	34,5	45,5
Vivienda	6,8	3,9	29,9	23,1
Transportes y comunicaciones	6,7	6,6	11,6	7,5
Enseñanza, cultura y ocio	4,4	2,3	9,1	9,1
Higiene y sanidad	3,2	3,0	7,5	6,1
Vestido	8,7	9,8	5,0	7,1
Otros gastos	8,8	11,9	2,4	1,6
TOTAL	100,0	100,0	100,0	100,0

«...De 1967 a 1984, la creación media de empleo, según los censos generales y las encuestas de Mano de Obra, había sido de 120.000 empleos al año. Este crecimiento va a verse comprometido a partir de 1986, a causa del freno de las inversiones en la industria y el descenso del nivel de actividad en las fábricas existentes. La creación neta de empleo, en torno a los 60.000 en 1990, debe cotejarse con las 300.000 a 350.000 demandas de empleo correspondientes a los jóvenes incorporados al mercado de trabajo. Como consecuencia de ello se agrava la tasa de paro: tras un retroceso del 22 al 18% entre 1977 y 1984, sube a 21,4% en 1988 y a 25% en 1990. En el transcurso de seis años, el número de parados se ha multiplicado por 2,9...»

Puede discutirse la fecha de 1984 o 1986 dada por Benachenhou como comienzo del período<sup>14</sup>. Está claro que aún no se ha tocado fondo: la producción industrial disminuye, la construcción y las obras públicas son golpeadas de lleno. Como escribe Boukerzaza (1994), nos encontramos hoy en un nuevo período en el que

«la gestión voluntarista, igualitarista ya no tiene salida: nos encaminamos hacia el fin del apoyo financiero a las empresas públicas, las cuales serán sometidas a las reglas de la economía de mercado: esto conducirá necesariamente a la quiebra de cientos de empresas (...) Y es de temer que todo ello se haga a costa de las zonas menos urbanizadas, menos ricas, más enclavadas o que disponen de más débiles infraestructuras de comunicación...»

La reducción masiva de la creación neta de empleo es tanto más grave cuanto que generaciones numerosas e instruidas no encuentran ya colocación en el mercado

de trabajo: 55% de los parados tienen un nivel de instrucción medio (31%), secundario (21,5%) o incluso superior (3,5%); en diciembre de 1992, 74.000 parados se declaraban en posesión del título de bachiller (BENACHENHOU, 1993). Para una juventud que no ha conocido ni la colonización ni «*el período en el que la movilidad ascendente era intensa*», y que no tiene otra perspectiva que el paro y la indigencia, el desconcierto no tiene límites.

La segunda característica es el desarrollo de nuevas capas acomodadas, cuya rápida fortuna se ha hecho gracias a ingresos no salariales, principalmente en el *comercio*: la liberalización de los precios, el fin de los controles del Estado y las facilidades ofrecidas a los inversores han sido otras tantas ocasiones para ello. La reducción de las producciones nacionales y las penurias han excitado el mercado paralelo. La apertura de fronteras y la «dolarización de la economía» han favorecido todas las formas de tráfico, lo que en Argelia se llama *el trabendo*, constituido en verdaderas redes jerarquizadas —poseedores de capitales, «empresarios» locales, intermediarios en el extranjero y simples correos— cuyas ramificaciones se extienden tanto en medio rural como en medio urbano. La instauración de un mercado del suelo no controlado, la oficialización en 1985 de la promoción privada y el desmantelamiento del «patrimonio nacional» han generalizado la *especulación inmobiliaria* a las puertas de ciudades y pueblos.

Al lado de los notables antiguos (burguesías y ciudadanos de abolengo de los períodos precolonial, colonial y postcolonial), se ha desarrollado una capa de nuevos ricos, cuya insolente riqueza hace posible las liberalidades a favor de mezquitas, instituciones piadosas y obras caritativas que proporcionan reconocimiento y notoriedad.

<sup>14</sup> La elección de una fecha próxima de lo que se ha llamado, de manera no inocente, y tras el «choque petrolero», el «contrachoque petrolero» tiene la ventaja de dar cuenta de la dimensión exterior de la crisis (bajada del dólar, caída de los precios de los hidrocarburos, crecimiento de la deuda)... Pero el proceso se inició antes (el plan de reestructuración marroquí data de 1983 y las opciones del gobierno de Chadli fueron adoptadas antes de esta fecha). Por el contrario, para Argelia, la fecha de 1975 dada por Samir Amin como «fin» de la era de Bandung es prematura. Es la muerte y sucesión de Boumediene (1979-1980) la que me parece marcar la fecha bisagra.

«...El desarrollo del hábitat individual, la parcelación de las reservas de suelo municipales y las pseudocooperativas inmobiliarias» (BELGUIDOUM, 1994)

han permitido el florecimiento de chalets y residencias de lujo ostentoso. Acantonados durante mucho tiempo en las parcelaciones urbanas irónicamente apodadas «Dallas», estos nuevos ricos se afirman hoy también en los campos como propietarios y como poseedores: la restitución de las tierras ha posibilitado la reconstitución de los grandes patrimonios rústicos, al tiempo que todas las formas de propiedad resultaban en cierto modo rehabilitadas o incluso presentadas como modelo. La agricultura (en los sectores productivos de precios «libres»), los servicios y la construcción han jugado su baza en los procesos de acumulación en el medio rural. Sobre estas diversas formas de enriquecimiento no se ha producido ningún dato oficial, como tampoco lo hay sobre las exportaciones de capitales al extranjero.

Frente a estos nuevos ricos, una fracción creciente de la población se encuentra pauperizada. La encuesta de 1988 (BENACHENHOU, 1993) pone de manifiesto que los productos de primera necesidad (pan, sémola, aceite, azúcar, arroz, legumbres secas, concentrado de tomate) representan ya cerca del 60% del consumo de los hogares. Téngase en cuenta que el 20% de hogares más acomodados compra 12 veces más carne y 8,5 veces más productos lácteos que el 20% más pobre.

Es sabido que las políticas de ajuste estructural han afectado negativamente a los niveles de consumo de los más pobres, parados, jubilados, salarios modestos:

«...Las subvenciones al consumo de los productos alimentarios de base (leche, azúcar, aceite para la alimentación) eran, en grados diversos, un elemento clave de la política social en los tres países. Desde 1986, no representaban más que el 7,6% de los gastos del estado marroquí, 3,9% en Argelia y 10,8% en Túnez. En compensación, una política de ayudas directas a la renta de las poblaciones más pobres ha sido adoptada en Argelia en 1992, y en Marruecos se ha instaurado un sistema de distribuciones de

alimentos a las poblaciones de riesgo...» (COULOMB-JACQUET, 1993).

Tras haberse extendido a las capas medias, esta pobreza está siendo también dolorosamente sentida por el personal de dirección, cuya situación se ha degradado<sup>15</sup>. Al extenderse así a los que durante mucho tiempo fueron considerados los niños mimados del régimen, el sentimiento de frustración se ha llegado a apoderar de toda una sociedad. Frustración tanto más aguda cuanto que las esperanzas, reales o ilusorias, habían sido grandes.

Tomaremos de Saïd Belguidoum una conclusión provisional:

«...la sociedad argelina conoce una verdadera crisis de su sistema de valores y normas, engendrada por el paso brutal de una situación de crecimiento, en sí misma fuertemente perturbadora, a un cuestionamiento del modelo de integración y de redistribución que el período de crecimiento había autorizado. Es en el fenómeno urbano donde esta situación anómala se manifiesta con más fuerza...».

Al fin y al cabo, en las municipales de junio de 1990 el campo argelino resistió mejor que las ciudades el empuje de los movimientos fundamentalistas y de su violencia ciega. En Túnez y en Marruecos, unos niveles menos agudos de frustración social, una tenaz represión y una menor contestación del poder establecido han contenido el fenómeno hasta el momento<sup>16</sup>. Boukerzaza teme que,

«...en una Argelia que se hunde en la pobreza, amplias zonas caigan en la desolación...»

A falta de una alternativa global que renueve las esperanzas hoy decepcionadas y encuentre en el movimiento social las fuerzas capaces de afrontar tensiones internas y presiones exteriores, y a falta de la solidaridad de los pueblos del norte para acabar con las cadenas de la deuda, se puede temer que las sociedades magrebíes, confrontadas a las mismas contradicciones, caigan, efectivamente, en la desolación.

<sup>15</sup> Descenso relativo que es vivido como una frustración suplementaria: al cambio oficial y a igual cualificación, un directivo argelino ganaba 80% del salario de su homónimo francés en 1980. En 10 años la situación ha variado por completo: al cambio paralelo, su salario es 10% del de su colega de un país europeo.

<sup>16</sup> Sin dejar de recordar el «difícil trabajo de humildad» que le enseñaron los habitantes de Chebika (Túnez), el sociólogo Jean Duvignaud escribía en 1991: «... El integrismo, tal como aparece hoy en día, es un refugio, una protec-

ción, una seguridad. Hunde sus raíces en la miseria de unas sociedades en las que la "modernidad" ha fracasado y suscitado más resentimientos que posibilidades. (...) ¿Acaso el conflicto, ahora pasado de moda, entre tradición y modernidad no se resuelve ya en el cambio social, sino a través de una leyenda dorada? ¿Acaso los estados no suscitan este integrismo ciego dejando en el olvido las Chebikas? La espera decepcionada engendra las multitudes estáticas y los bidonvilles...» (*Chebika*, nueva ed., col. «Terre Humaine», Plon, 1991, pág. 427).



## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

## MAGREB, MEDITERRÁNEO

AIT-AMARA, H., 1992, *L'agriculture méditerranéenne dans les rapports nord-sud*, L'Harmattan, París.

COULOMB, P. y JACQUET, F., 1993, «Les relations agro-alimentaires CEE-Maghreb: deux années cruciales, 1986 et 1996», comunicación a las jornadas SOLAGRAL *Les frontières de l'Europe des 12: Maghreb, Europe Centrale et Orientale*, Montpellier (septiembre).

LE COZ, J., 1991, «Espaces méditerranéens et dynamiques agraires. État territorial et communautés rurales», *Options Méditerranéennes*, serie B, «Études et Recherches», nº 2, CIHEAM, Montpellier.

MAURER, G., 1991, «Les dynamiques agraires dans les montagnes rifaines et telliennes au Maghreb», *Bulletin de l'Association des Géographes Français*, 4, págs. 267-280.

MAURER, G., 1992, «Montagnes et montagnards au Maghreb (Maroc, Algérie, Tunisie): évolution récente du milieu rural», *Cahiers d'Urbama*, 7, págs. 37-61.

ZAIM, F., 1993, «Dynamique des échanges et perspectives de "partenariat" CEE-Maghreb», comunicación a las jornadas SOLAGRAL *Les frontières de l'Europe des 12: Maghreb, Europe Centrale et Orientale*, Montpellier.

## ARGELIA

AIT-AMARA, H. y BESSAOUD, O., 1992, «Situation agricole et alimentaire de l'Algérie: éléments pour un débat», comunicación al Coloquio *Coopérer avec l'Algérie: convergences et solidarités*.

BEDRANI, S., 1990, «L'expérience algérienne d'autogestion dans l'agriculture», en «Les agricultures d'État. Présent et Avenir», *Les Cahiers du CREAD*, Argel, 23-24, págs. 19-63.

BELGUIDOUM, S., 1994, «Citadins en attente de la ville: logement et politique à Sétif (Algérie)», *Monde Arabe, Maghreb-Machrek*, 143, págs. 42-55.

BENFAHRAT, S., 1984, «Répartition des dépenses selon le secteur d'habitat», *Statistiques, revue de l'ONS*, Argel, 2-1, págs. 72-85.

BENGUERGOURA, C. y AISSAT, R., 1992, «Question foncière et logiques rurales d'affectation de la terre», *Les Cahiers du CREAD*, 31-32, «Agriculture et alimentation», págs. 27-44.

BESSAOUD, O., 1991, «L'agriculture algérienne entre la politique d'ajustement structurel et la réforme des politiques agricoles mondiales», *Economie Rurale*, 211, págs. 71-73.

BOUKERZAZA, H., 1994, «Entreprises et organisation territoriale dans l'Algérie du nord-est», *Espace Rural*, Montpellier, 32, págs. 115-151.

BOUTONNET, J.P., 1989, *La spéculation ovine en Algérie: un produit-clé de la céréaliculture*, ENSAM/INRA, «Notes et Documents», nº 90.

BRULE, J.C., 1993, «Attentisme et spéculation dans les campagnes algériennes», *Monde Arabe, Maghreb-Machrek*, 139, págs. 42-52.

CHAULET, C., 1990, «Le cas algérien: questions posées», en «Les agricultures d'État. Présent et Avenir», *Les Cahiers du CREAD*, 23-24, págs. 111-141.

CHAULET, C., 1993a, «L'enjeu alimentaire», *Les Cahiers du CREAD*, «Agriculture et Alimentation», 31-32, págs. 55-74.

CHAULET, C., 1993b, «De la politique alimentaire aux pratiques populaires: le sandwich aux frites», *Les Cahiers du CREAD*, 31-32, págs. 159-170.

CHEHAT, F., 1992, «Déterminants et premiers effets de l'agriculture algérienne», *Economie Rurale*, 207, págs. 7-10.

CHERRAD, S.E., 1994, «L'organisation de l'espace rural en Algérie du nord-est», *Espace Rural*, 32, págs. 7-82.

COTE, M., 1988, *L'Algérie ou l'espace retourné*, Flammarion, París.

DJENANE, A., 1993, «Les tendances lourdes de la céréaliculture pluviale en Algérie: le cas des hautes plaines sétifiennes», *Les Cahiers du CREAD*, «Agriculture et Alimentation», 31-32, págs. 45-54.

LE COZ, J., 1991, «L'Algérie, décennie 1980: les étapes de la désocialisation», *Espace Rural*, Montpellier, 24.

LENORMAND, P., 1989, «Autogestion et Révolution Agraire en Algérie», en *Sociétés Paysannes du Tiers-Monde*, Laboratoire Tiers-Monde, Université Paris-7, 2ª ed., págs. 235-252.

PLUVINAGE, J., 1990, «Contribution à l'analyse des premiers résultats de la réorganisation des exploitations agricoles algériennes», en «Les agricultures d'État. Présent et Avenir», *Les Cahiers du CREAD*, 23-24, págs. 287-296.

PRENANT, A., 1992, «Eau, terre et développement en Algérie», *Aujourd'hui l'Afrique*, 46, págs. 22-25.

VERGRIETTE, B., 1993, *La réorganisation de l'agriculture en Algérie: le cas de la Wilaya de Sétif*, Editions Solagral, col. Ridaam, Montpellier.

#### MARRUECOS

AKESBI, N., 1993, «L'agriculture marocaine d'exportation et la C.E.E.: du contentieux aux nouveaux enjeux», comunicación a las jornadas SOLAGRAL: *Les frontières de l'Europe des 12: Maghreb, Europe Centrale et Orientale*, Montpellier.

CENTRE D'ÉTUDES ET DE RECHERCHES DEMOGRAPHIQUES, 1993, *Evaluation de l'enregistrement des décès de l'État-Civil*, Royaume du Maroc.

EL KHYARI, T., 1987, *L'agriculture au Maroc*, Editions Okad, Mohammedia.

GUERRAOUI, D., 1990, «La gestion du secteur public agricole au Maroc. Essai d'évaluation», en «Les Agricultures

d'État. Présent et Avenir», *Les Cahiers du CREAD*, 23-24, págs. 217-238.

#### TÚNEZ

BENSLAMA, H. y ELLOUMI, M., 1990, «Réforme de la politique agraire et fonctionnement des exploitations étatiques coopératives en Tunisie», en «Les Agricultures d'État. Présent et Avenir», *Les Cahiers du CREAD*, 23-24, págs. 77-104.

ELLOUMI, M., 1990, «Réforme de la politique agraire et rôle des terres domaniales en Tunisie», *Les Cahiers du CREAD*, 23-24, págs. 159-188.

GANNA, A., 1991 y 1994, «L'exploitation familiale en Tunisie», en LAMARCHE *et al.*: *L'exploitation familiale*, t. 1: «Une réalité polymorphe», págs. 263-303, y t. 2: «Du mythe à la réalité», L'Harmattan, París.

SETHOM, H., 1992, *Pouvoir urbain et paysannerie en Tunisie*, Cérés Productions, Fondation Nationale de la Recherche Scientifique, Túnez.